



CALASANS

Nem a nedá a's Calassangs. — Vinga. — Así, en el argot de la playa de San Feliu, se oía, en el verano de 1898, esta frase entre los chiquillos, en las horas en que el sol requemaba la arena, y la diferente refracción hacía aparecer tremolantes los contornos lejanos.

Calasans resultaba una pintoresca rada, con acceso únicamente por el camino de carro, que aun subsiste, limitado por el resto de paredes aspilleradas que circuían el *Fortim* durante la guerra civil del 75.

La playa, de arena gruesa y de suave pendiente, su *recó de levant* no tenía salida. El acantilado de roca impedía el paso.

El viandante no debía acercarse por este extremo, pues le hubieran obligado a andar a saltitos, unos diminutos montículos de diversas tonalidades que, distribuídos con sorprendente equidistancia, íbanse fortaleciendo al sol y unificando a oscuro su coloración, hasta que los temporales de otoño volvían a dejar limpia la arena.

En el lado de *garbí*, el *Gombit* y *l'Escaló*, dos pequeños salientes, y la *Correguda*, rudimentario plano inclinado en la roca, eran apropósito para lanzarse desde ellos de cabeza al agua.

Y en el mismo lado de *garbí* se abría la ancha hendidura que constituye la llamada *cala de Sant Pere i Sant Feliu*, y en la cual, según es tradición, sufrió martirio en los primeros tiempos del Cristianismo, San Félix, Patrón de la ciudad.

La parte alta de la playa era una mezcla de escombros y cenizas procedentes de las *pelures*, desperdicios de corcho que allí se tiraban y quemaban, por no tener valor en el mercado.

Con el vaho sofocante de aquel recinto, unas embarcaciones que se agrietaban al sol, cuatro barracones destinados a guardar enseres de pesca, bordeado el todo por rastrojos entre los que sobresalía una *etzevana* macho como remedo de exótica palmera, el conjunto de la playa tenía algo de tropical.



¡Agosto de 1898! Excepcionalmente caluroso en nuestra villa y período álgido de los episodios y comentarios de la guerra de Cuba.

En el mediodía de un jueves sin nubes de su primera quincena, un grupo de *mainada*, completamente ajeno a los problemas de la nación, gozaba de las delicias del agua fresca y salada y se solazaba correteando por la arena de Calasans, como precursores de lo que después se nos presentaría con el nombre de desnudismo integral.

Pero no hay goce terrenal sin su quebranto. Y el quebranto para nuestros chiquillos era En García.

En aquel entonces nuestro Ayuntamiento poseía dos parejas de Guardias Municipales. El más municipal de todos era En García.

Con su uniforme oscuro, armado de sable, enorme revólver y su bigote que empezaba a encanecer, venía a ser el general de la población, digno de figurar en los *diputats*, como llamábamos a los personajes que figuraban en las cubiertas de las cajas de fósforos.

De repente, como una aparición, se destacaba en García sobre el camino de entrada a Calasans. El escudo de metal de su ros, repartía por los ámbitos de la playa los rayos que el astro rey le lanzaba desde lo alto.

Cundía el pánico entre la muchachada. Acurrucados detrás de los botes y barracas, o en el agua, con la cabeza al amparo de las rocas, en un instante quedaba aquel paraje solitario y mudo. Únicamente alguna cigarra lejana acentuaba, con su ritmo monótono, la pesadez estival del momento.

En García avanzaba resuelto. En el dilema de darse un corroteo, con pocas probabilidades de éxito, o cumplir oficialmente las órdenes recibidas, se inclinaba decididamente por lo último.

Unos pasos más y levantaba la mano derecha a la altura de la visera.

Pausadamente, esparcía la vista por toda la extensión punible; sacaba libreta y lápiz y, hechas sus anotaciones, con paso medido y seguro, emprendía la vuelta, sin enjugarse el sudor hasta llegar a los árboles del Paseo, donde, los que le hubieran observado, habrían sospechado que alguna alta misión acababa de cumplir.